Philipp Mainländer

Rupertine del Fino

Novela filosófica

«Era impetuosa en el dolor,
y no estaba acostumbrada a sufrir».
(*Violenta luctu et nescia tolerandi*)
Tácito, *Anales*, III, I

I

A la salida de una pequeña localidad, situada en la Bergstrasse –denominación que reciben las estribaciones occidentales de Odenwald–, se encuentra una casita rural de un solo piso, oculta casi por completo entre una espesa vegetación. Sobre el tupido jardín delantero, separado por una verja de hierro de la carretera nacional, se eleva en la época veraniega una sombría bóveda arbolada, que recuerda al interior de una catedral gótica, y que garantiza, igual que esta, una temperatura muy agradable. En ella se entremezclan, con graciosa variedad, las ramas de castaños centenarios, plátanos de sombra, acacias y tilos que, al entrelazarse, garantizan la más deliciosa frescura, cuando el calor estival azota la soleada, blanquecina y polvorienta calle de afuera. Tan solo en algunos trechos cae un rutilante y danzarín rayo de luz, a través del ramaje, sobre el fresco tapiz de verde césped, que se extiende, resplandeciente, ante la casa. Cargada de profundo misterio, asoma entre la verdura la blanca y sencilla casita, tranquila y aislada del mundo, como un enigma para cualquier espíritu que quiera dar rienda suelta a su imaginación. De hecho, solo deja indiferente a quien pasa ante ella en invierno, pues en la época más bella del año, cuando la naturaleza despierta, hasta los días en que el viento arranca las hojas moribundas, tachonadas de los colores del otoño, su vista atrapa a todo aquel que la ve, y tanto el turista como el campesino la contemplan con agrado, pensando que debe ser el hogar de alguien *feliz*. Sí, de alguien feliz: esta es la palabra que se les escapa a todos. Quien vive aquí, aquel que pueda llamar suya a esta casita, situada en un enclave tan cómodo y acogedor, no puede menos que ser dichoso. Y muchos siguen su camino, con su lógica eudemonista, diciendo: «Su dueño ha de ser alguien

feliz» — ¡Pobre corazón humano! ¿De verdad crees que estarías satisfecho, si se cumpliesen tus anhelos y poseyeras esa casa?

No se había alzado aún el cálido sol de junio sobre las alturas ornadas de bosques, a cuyos pies se alza la casita, cuando apareció un hombre de aproximadamente treinta años, vestido de negro, que atravesó el jardín, a lomos de una joven y vivaz yegua baya. Al llegar al camino, se alzó sobre la silla de montar, tranquilizó al impaciente corcel con una dulce y prolongada caricia sobre su soberbia crin, y cabalgó luego al paso hacia la carretera local de Heidelberg.

Aquella mañana de verano se presentaba soberbia, despejada y cargada de rocío. El jinete lanzó una mirada reposada, contemplativa y llena de paz, sobre el entorno, que encerraba en sí todo aquello que puede trasladar a un ánimo reflexivo a ese estado de carencia de dolor que, según describe Epicuro, caracteriza a los dioses. Inmerso en su contemplación, no advirtió que le llamaban. Solo cuando una mano hábil hizo detenerse al caballo, salió de su ensoñación y vio ante él, con alegre sorpresa, a un bello joven que, riendo, le estrechó alegremente la mano.

—Buenos días, Wolfgang. ¡Otra vez sumergido en tus felices ensoñaciones! ¡Si no supiera que lo que inflama tu corazón es el amor a la Humanidad, hubiera pensado que estás enamorado! Te he llamado con gritos tan estridentes como los que lanzaría un prisionero de guerra bajo el ardiente tormento del sangriento rey de Dahomey, y he gesticulado como esos telegrafistas napolitanos, que anuncian buenas noticias; pero tú no ves ni oyes nada.

—Discúlpame, Otto —respondió el jinete, al tiempo que estrechaba cordialmente la mano de su amigo; y, riendo, añadió—: pero, soñar con los ojos abiertos, ¿es señal segura de que uno está enamorado? ¡Tú lo estás, y ya andas bien despierto por la mañana temprano por los bosques y prados! ¿Eh, qué me respondes a esto?

Otto se quitó el ligero sombrero de paja que llevaba, al tiempo que se alisaba, con su mano fina y cuidada, sus rubios cabellos. Una sombra cruzó sus grandes ojos azules, en los que se reflejó una profunda excitación interna.

—Querido amigo, este enigma puede resolverse sin dificultad. La flor de mayo del primer amor ha desaparecido, y el segundo acto de

la tragedia, ¡mas qué digo! —se corrigió rápidamente—, del drama, acaba de empezar… No sabes lo caprichosa que es Rupertine.

—¿Rupertine? —dijo Wolfgang, asombrado.

—Quizás «caprichosa» no sea la expresión correcta —respondió rápidamente el joven—. Sería mejor calificar así nuestra mutua relación, más que solo su comportamiento. Ella quiere poseerme absoluta y enteramente, y su deseo es atarme por completo: la única libertad que me deja es el amor hacia ella. Su pasión es ardiente, dominante, demoníaca, salvaje. Y el hombre que hay en mí se rebela con todas sus fuerzas contra esto… Yo no me dejo someter por nada. Tengo una idea muy clara de lo que es la libertad, y no puedo perder ese placer de vivir [*Lust am Leben*], al que tienden mis labios sedientos. Y, sin embargo —prosiguió, tras breve pausa, al ver que Wolfgang le miraba, preocupado—, todo esto suena demasiado serio. Ven, desmonta, y caminemos juntos un rato… ¡Ah, Rupertine es la criatura más hermosa de esta tierra! Como suele decirse: «¡Dios la creó y rompió el molde!» ¡Y ella es mía, solo mía! Solo es feliz el alma que ama —exclamó, con júbilo, al tiempo que agarraba el brazo de Wolf y hacía oscilar alegremente su sombrero.

Wolfgang le miró, risueño.

—Ya suponía —le dijo, afectuosamente— que no tenía que preocuparme por ti ni por mi prima. No hay fuerza interna ni externa que pueda separar a dos personas como vosotros, que estáis hechos uno para el otro. Todas esas aristas se irán puliendo, y entonces nada impedirá una feliz unión.

—Muy bien —opinó Otto, sonriente—. Vosotros, los filósofos sabéis cómo arreglarlo todo. Una simple contradicción se resuelve en una unidad superior; esta, a su vez, junto con su contradicción, en otra más alta, y así proseguís, con gracia, *in infinitum*[1]. ¡Ojalá pudiera arrastrar a un frío solterón como tú, aunque fuese una sola vez, a la escena, y colocarte en medio del ardor y del hielo que agita a los corazones humanos. ¡Cómo me frotaría las manos!

[1] Otto alude en el texto, irónicamente, a la tríada «tesis-antítesis-síntesis» de la dialéctica hegeliana.

—¿Quién sabe? —respondió Wolfgang, alegre—. Desde luego, una cosa es cierta: no es fácil hacerme abandonar mi cómodo butacón. Me encuentro extraordinariamente bien en él. Y te lo digo francamente: la carencia de envidia con la que veo tu relación hacia mi prima es para mí una segura garantía de que siempre peregrinaré libre por la vida, hasta esa meta que nos es común a todos; pues estoy de acuerdo contigo en que «Dios la creó y rompió el molde». No lo lamento, pero sí siento cierto dolor, cuando pienso en que debí negar a mi madre el cumplimiento de un ardiente deseo que ella tenía; pues habría muerto contenta, si hubiese sabido que Rupertine se uniría a mí. Pero yo he de ser completamente libre, si quiero alcanzar la meta que me he propuesto. Además, no quiero comprar la satisfacción de un deseo breve y pasajero, o mejor dicho, las alegrías y comodidades de la vida conyugal, pagando el precio de la angustia y los sufrimientos del pobre ser que pueda traer yo a la existencia. En relación con este asunto, tengo un punto de vista muy preciso, fruto de la más firme convicción, erigida sobre las ruinas de la religión por la más reciente filosofía alemana[2], y no dejaré que nada me desaloje de él.

Mientras decía estas últimas palabras, su rostro –que no era bello, pero sí poseía rasgos nobles, y revelaba una elevada vida espiritual– había adquirido una expresión seria, casi solemne. Otto, que era mucho más vivaz, se sintió cohibido, y exclamó, sin poder contenerse:

—No eres más que un egoísta, un gran egoísta, y lo único que haces es disimular tu flaqueza con brillantes velos artificiales. ¡Qué pena que nuestra época haya tomado esta dirección! ¡Y qué pena que vosotros, todos los que estáis saturados de erudición [*Überstudirten*], dejéis escapar de las manos, a cambio de esa supuesta sabiduría, lo más bello de esta tierra: el bendito beso otorgado por los frescos labios de una muchacha!

Y, tras decir esto, con voz fresca y alegre, entonó esta canción:

«En la nada he puesto mi negocio.
Juchhe!

[2] Nueva alusión filosófica, esta vez a la filosofía pesimista de Arthur Schopenhauer (1788-1860).